

Revista de libros

OSVALDO F. A. MENGHIN: *Origen y desarrollo racial de la especie humana*. Editorial Nova; sección "Compendios de iniciación cultural", Buenos Aires, 1958. Vol. rústica, 99 págs., incluso selección bibliográfica y 10 láminas fuera de texto (reproducción en blanco y negro).

EL doctor Osvaldo F. A. Menghin, catedrático de nuestra Universidad, profesor de la Facultad de Ciencias Naturales, en su orientación "Ciencias del Hombre", prehistoriador cuyo prestigio mundialmente reconocido es imposible destacar en tan breve espacio, ha dado a publicidad recientemente un pequeño gran libro, cuyo solo título despierta el interés. En efecto, desde épocas muy remotas, podríase decir desde los albores del saber, el hombre y muy especialmente el hombre de ciencia, ha tratado de conocer sus orígenes, ha investigado ansiosamente por saber de dónde viene, tanto más y quizá con más éxito que saber a dónde va y cuál será su destino.

A fin de dar una mayor claridad a su elaboración, el autor ha dividido el texto en tres grandes capítulos a cuyo ordenamiento se ajusta estrictamente esta reseña.

Cap. I: *Origen y desarrollo más antiguo del hombre*.

Hace en primer término referencias a las luchas producidas por la introducción en el terreno científico y filosófico de la teoría de la descendencia o transformismo, haciendo la advertencia de que éste incluye al hombre exclusivamente como ente biológico. Considera además las equívocas interpretaciones de las Santas Escrituras y cree que ellas no fueron ajenas a tales luchas.

Al referirse al hombre como a un ser esencialmente anímico considera que el problema cae abiertamente en el terreno filosófico. Analiza luego el concepto de creencia, con el único fin de establecer con claridad cuáles son los aspectos biológicos y psico-filosóficos del tema a desarrollar. Pasa luego a ocuparse de los hechos que atestiguan

el origen y desarrollo del hombre desde el punto de vista biológico. El análisis de los mismos le permite, a la luz de los conocimientos actuales, ubicar al hombre en el Pleistoceno o Edad del Hielo, cuya estratigrafía así como su correlación arqueológica y antropológica puede el lector seguir claramente en la tabla cronológica del cuaternario incluída en el texto.

Incluye bajo la denominación de Hominidae a todos los fósiles que pueden considerarse humanos y presenta en lineamientos generales su clasificación en tres grandes grupos: 1º neantrópidos; 2º) paleoantrópidos; 3º) arqueantrópidos.

Hace un análisis cronológico de los hallazgos que se realizan a partir de 1856 y establece las conclusiones a que se ha llegado en cada caso, como resultado del estudio exhaustivo de las piezas, de las condiciones del yacimiento en sí, de su cronología, así como de su correlación arqueológica y antropológica.

Considera que los neantrópidos, que constituyen el grupo de los mal llamados Homo sapiens y que hacen su aparición en Europa a fines del Pleistoceno no reviste especial interés en cuanto a la finalidad de la obra.

Estudia luego minuciosamente la posición de los paleoantrópidos, en base a ello establece el origen unitario del hombre, incluye a neantrópidos y paleoantrópidos en una misma especie y considera a estos como verdaderos hombres, en el más amplio sentido, ya que tuvieron una cultura material, social e intelectual dotada de todos los elementos básicos que constituyen nuestra vida cultural.

Analiza a continuación los conoci-

mientos actuales sobre los arqueantrópidos llegando a la conclusión de que no estamos ni estaremos nunca capacitados para establecer en forma precisa cuando se produjo el acontecimiento extraordinario de la humanización, cuya manifestación exterior es á dada por la facultad inherente exclusivamente al hombre de ser creador de cultura.

De lo expuesto y analizado extrae una serie de conclusiones de valor científico extraordinario.

Cap. II: *Origen y desarrollo de las razas del hemisferio oriental.*

Refiriéndose al origen y desarrollo de las razas, lo considera el autor como uno de los problemas de mayor complejidad de la prehistoria. Analiza el sentido del término "raza" y considera indispensable establecer que dicho término será empleado en el texto únicamente en sentido biológico y no así, como designación de etnias o agrupaciones lingüísticas. Deja además perfectamente aclarado el concepto de raza, haciendo suya la definición que considera más clara y apropiada, según la cual determina a la raza como "un grupo humano que posee en común cierto número de caracteres hereditarios, que lo distinguen de otros grupos". Esta separación en grandes troncos raciales ha sido y es sólo relativa, condicionada a la hibridación y a la formación de grupos intermedios; ello es causa de que se piense en la forma de llegar a establecer cuáles son las razas originarias o principales y cuáles las híbridas o intermedias. En el comienzo de tales investigaciones se ha iniciado el estudio de las razas his-

REVISTA DE LIBROS

tóricas y actuales, luego también de las prehistóricas, en base a los testimonios paleoantropológicos disponibles.

Se interesa el profesor Menghin en la labor realizada por numerosos investigadores que desde el año 1735 en adelante se han ocupado de este problema. Ante la imposibilidad, por razones de espacio, de sintetizar estudio tan exhaustivo, remito al texto al lector. En él encontrará, además, las conclusiones fundamentales a que ha llegado el autor con respecto al tema tratado. Aún cuando no es posible en la actualidad una decisión definitiva, éste se inclina hacia la teoría de Koltman, según la cual al especialización racial se remonta a los principios de la filogenia humana, caracterizada por formas humanas enanas. Asimismo cree en la posibilidad de que el fruto de nuevas investigaciones brinde perspectivas absolutamente novedosas y no deja de reconocer que lo ya hecho sobre el origen y desarrollo de las razas del hemisferio oriental, ha permitido subsanar errores conceptuales del pasado y ofrece la posibilidad de una solución total.

Cap. III: *Origen y desarrollo de las razas del hemisferio occidental.*

Con respecto al origen y desarrollo de las razas del hemisferio occidental, comienza el autor destacando que es realmente extraordinario e ilógico que existan aún investigadores que pese al estado actual de los conocimientos sobre el particular, continúen insistiendo en la unidad racial del aborigen americano. Tal teoría que fuera sostenida por Ales Hrdlicka a comienzos de nuestro siglo, asevera que América fué

poblada por varias ramas de origen mongólico que se establecieron en ella penetrando por el estrecho de Behring hace aproximadamente 10.000 años, en oleadas sucesivas, dispersándose hasta Tierra del Fuego. Intimamente vinculada con esta teoría fué emitida otra de carácter cultural, del análisis de ambas el autor deduce que todo criterio científico referente a si hubo o no vinculaciones culturales asiático-americanas, debe fundamentarse en fenómenos positivos prolijamente examinados y adecuadamente aplicados.

En contraposición a la teoría monogenista hubieron quienes defendieron el origen múltiple racial y cultural del indio americano, peor sus planteamientos, según el autor, adolecían igualmente de puntos vulnerables debidos especialmente a defectos metodológicos esenciales. Todos estos resultados así como los que surgen de las investigaciones arqueológicas y del aporte de la antropología morfológica ofreció al esclarecimiento del origen racial americano, a los cuales uebemos agregar los suministrados por los sistemas taxonómicos propuestos por Egan V. Eickstedt en 1934 y por el doctor José Imbelloni dados a publicidad durante los años 1937-1939 nos permiten hablar, según lo expuesto en el texto, no ya de una raza americana, sino de una seriación de grupos raciales o subrazas provenientes de troncos diferentes. En 1952 publica Imbelloni una tabla clasificatoria de las razas americanas, la cual constituye en la actualidad, según opinión del doctor Menghin el mejor sistema taxonómico completo de dichas razas. Indudablemente mucho es lo que queda aún por hacer y lógicamente tal sistema ha de

ser motivo de adaptaciones convenientes a medida que se realicen nuevas investigaciones.

En base al planteamiento, histórico, metodológico y crítico, seguido por el autor en esta parte de su obra, se encuentra en condiciones de presentar en lineamientos generales un esbozo de prehistoria americana, muy especialmente en su aspecto racial, el cual queda sujeto lógicamente a las modificaciones o adaptaciones que sea necesario introducir como resultado de la discusión de sus diferentes puntos o bien que a la luz de nuevos conocimientos varíen o sean susceptibles de ampliación los actuales conceptos.

Puntualiza el autor minuciosamente los resultados de su investigación y las interesantísimas conclusiones que han servido de puntales al esbozo mencionado y finalmente expresa que aún cuando quedan por aclarar algunos puntos en la historia racial de América, cree haber logrado ubicar al aborigen americano en el contexto de la historia universal, evitando su aislamiento como una curiosidad y la mistificación de su origen y desenvolvimiento, dando así por hecho verdadero la no existencia de "una estirpe indiana".

Lili E. Chaves de Azcona.

LORENZO LUZURIAGA: *La Institución Libre de Enseñanza*. Edición del Departamento editorial de la Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires, 1957, 228 páginas.

Sin duda resultaba oportuno, cuando la crisis de nuestra enseñanza se muestra sin rebozos, difundir la obra realizada por la INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA, una de las experiencias más apasionantes de los últimos ochenta años de educación europea.

La oportunidad de la publicación dimana de la juventud y vigencia atribuibles a la labor de la INSTITUCIÓN, que parece no inscribirse en la galería de ensayos pedagógicos de las últimas décadas, más o menos felices, pero pasibles todos de críticas, ya sea en sus fundamentos teóricos —que con tanta frecuencia parcializan al hombre— o en las consecuencias de su práctica. Esta afirmación, que de ninguna manera pretende hallar verdades pedagógicas absolutas, va dirigida a la aven-

tura del pensamiento y de la acción que partiendo de una profunda concepción humanista estructuró su modalidad en dinámica permanente, enojosa de sistemas cerrados. Tal actitud hizo que ya en los primeros años de vida de la INSTITUCIÓN. Francisco Giner se expresara acerca de ella concibiéndola como un "verdadero laboratorio", y que al publicar sus ideas pedagógicas las viera no como frutos de una individualidad sino como "la expresión, en lo general de ellas, del espíritu común, lentamente formado en el seno de la INSTITUCIÓN y que hace de ésta un cuerpo vivo"... De esta manera trabajó un grupo de eminentes profesores universitarios, que alejados de la cátedra en 1875, se propusieron renovar la vida espiritual española me-

REVISTA DE LIBROS

dianete una actividad investigadora y educativa.

La educación fue concebida no como la mera transmisión y acumulación de conocimientos, sino como el camino que permite a cada hombre desenvolver por sí mismo y desde sí mismo las fuerzas internas propias, lograr la unidad armónica de todas sus facultades y *comprender el sentido de su propia existencia*.

La naturaleza de tales principios hizo que más que en sistemas, la responsabilidad de su vigencia recayera en el espíritu de los hombres destinados a aplicarlos.

La INSTITUCIÓN formuló desde su inicio la unidad esencial del proceso educativo, a la que se aproximó mediante pasos sucesivos que rompieron las vallas que separaban la primera y la segunda enseñanza, y aún la superior, haciendo de ellas etapas de un mismo desarrollo. A igual principio unificador respondió la coeducación, y el que todos los profesores tuvieran preparación universitaria, cualquiera fuera el grado en que enseñaran.

Por otra parte, y esencialmente, la *Institución*, en su propósito de formar hombres cabales, caracteres armoniosos, subordinó la preparación profesional a una amplia cultura general. Así lo manifiesta en su programa de 1918:

“(la INSTITUCIÓN) tiende a prepararlos para ser en su día científicos, literatos, abogados, médicos, ingenieros, industriales. . . ; pero sobre eso, y antes que todo eso, hombres, personas capaces de concebir un ideal. ”

Cabe destacar como las más originales y fecundas prácticas de la *Institución*, la realización de excursiones, y la educación estética, íntimamente vinculadas. A una y otra están referidas las

páginas más bellas de sus hombres, sólo posible de ser engendradas por quienes han alcanzado la concepción de una auténtica *paideia*. En deambular de estío España fué *descubierta* por estos nuevos Odiseos de los caminos y el pensamiento que partieron en busca de las bellezas anunciadas en la fuente perdurable de los clásicos.

En contacto íntimo con museos y monumentos y en el hacer diario, la INSTITUCIÓN desarrolló con insospechada profundidad la formación estética de sus alumnos, adelantándose en la teoría y en la práctica a las más avanzadas experiencias de este siglo. ¡Qué decir si en 1884 Francisco Giner, analizando la actividad de la *Institucion* hallaba que pecaba aún “por cierto exceso de la estética y el arte” (sic). Y de inmediato, justificaba *aquella carencia de medida*, ya que estas enseñanzas le parecían muy a propósito para despertar lo que podían llamarse *tendencias ideales*. ¿Habría de insistirse en lo oportuno que tal aserto resulta entre nosotros, cuando todavía hoy las enseñanzas destinadas a despertar *tendencias ideales* no pasan de ser meros aditamentos en nuestros planes farragosos?

Pero la vigencia de estos enunciados aumenta si la formulación de la *máxima reverencia debida al niño y al adolescente*, y la obligación de la escuela de no anticipar odios y discordias, se inserta en el quebrantado panorama de nuestra educación.

Lorenzo Luzuriaga, mediante fácil didactismo, detalla los orígenes de la INSTITUCIÓN, su organización interna, ideario, política pedagógica, etc., todo ello utilizando bien escogidas citas del *Boletín* y de las obras de los hombres que de una u otra manera estu-

vieron vinculados a la INSTITUCIÓN.

Está ausente en este estudio — y es tema que podría dar motivo a otro ensayo de mayor envergadura— el análisis de la acción renovadora que la INSTITUCIÓN ejerció en la intelectualidad española, el rastreo de esos hilos

sutiles de pura acción espiritual, cuyo entrejimiento imperceptible había de dar en la República, y que hoy llevan la voz lírica de España, por distantes caminos.

Nélida Etcheverry.

LUIS REISSIG: *La era tecnológica y la educación.* Editorial Losada, Buenos Aires, 1958, Vol. rústica, 98 páginas.

El 20 de mayo de 1930 Luis Reissig —autor del libro que reseñamos— fundaba, conjuntamente con Roberto F. Giusti, Carlos Ibarguren, Alejandro Korn, Narciso C. Laclau y Aníbal Ponce el “Colegio Libre de Estudios Superiores”, una de las empresas de cultura de mayor aliento que se llevan realizadas en el país. Apuntamos este dato solamente para señalar un hito importante en la vida del profesor Reissig, por más de tres décadas entregada a los problemas de la educación y la cultura. Ahora mismo Luis Reissig es director de la revista LA EDUCACIÓN, que edita la Unión Panamericana.

En dos libros anteriores —EDUCACIÓN PARA LA VIDA NACIONAL y LA EDUCACIÓN DEL PUEBLO— el autor analiza la educación en cuanto a su función político-social y en relación con el ambiente. Recalcamos esto porque ya en ellos Reissig toma en consideración el factor *ambiente* como principalísimo en la educación y en su nueva obra avanza aún más en esa dirección, al examinar el papel de la técnica y del ambiente en la vida del hombre (y por lo tanto en su educación). Al respecto destaca que lo que el hombre es y será como tal depende de dos factores: el hereditario y el ambiental. Estos

dos elementos —que en otros términos pueden significarse como *naturaleza* y *crianza*, respectivamente— han dado lugar a largas controversias sobre cuál de los dos desempeña papel preponderante en la vida del hombre. Si en el animal el tipo de *ambiente* es predominantemente el físico, en el caso del hombre —y particularmente respecto de su educación— el problema se torna complejo, pues en aquél, además del entorno físico, ocupa lugar dominante el cultural, que es de su exclusiva creación. Por eso dice el autor que “el reino del hombre será el de la crianza”. Y añade párrafos después: “El hombre no realiza su educación en sí mismo: necesita del ambiente para concretarla y expresarla”, desde que “la educación es un proceso de creación de actitudes y transmisión y desarrollo de hábitos, experiencias, conocimientos y técnicas, concebido y dirigido exclusivamente por el hombre y para el hombre, en interacción con el ambiente”. Alrededor de este pensamiento desarrolla Reissig su tesis sobre la instancia del ambiente en la educación.

La evolución del hombre es paralela a la del ambiente. Así, la adquisición de técnicas mediante las cuales modificará su ambiente es la primera

REVISTA DE LIBROS

manifestación humana del hombre. "Cuando el animal aprende algo y le da resultado, su buen éxito consiste en poder repetirlo. Cuando el hombre aprende, su buen éxito consiste en diversificar y mejorar lo aprendido. "De ahí que "el paso definitivo y crítico del animal al hombre es el paso tecnológico". Apodícticamente el autor escribe: "*La primera evolución en el hombre es biológica; la segunda, ambiental; la tercera tecnológica*".

La verdad es que el hombre vive inmerso, cada vez más, en un ambiente creado por la técnica y la cultura. Y que no hay una tajante antinomia entre ambos términos; más aún, la técnica es fuente de creación de cultura: tan imposible sería, por ejemplo, que ésta pudiera difundirse sin el libro, como concebir la pintura sin el pincel y el color. Libro, pincel y color son, sin embargo, como cosas físicas, productos de la técnica. Las mismas artes se integran en la cultura contemporánea mediante la alianza *arte-técnica*; es evidente la influencia de las formas artísticas en las formas industriales.

Es que cuando se menciona la palabra técnica la mayoría de la gente piensa de inmediato en una tarea mecánica, rutinaria. Entonces, "aprender una técnica" tiene al valor de aprender a hacer una cosa o tarea sin recurrir de nuevo a la inteligencia. Esto sería, a lo sumo, lograr una "habilidad"; por el contrario, técnica no es repetición sino variación, por cuanto ella indaga, resuelve problemas: por lo tanto piensa y razona, esencia de lo humano.

El proceso tecnológico —en esta era que ya podemos lalmar atómica— avanza a pasos agigantados hacia un mundo nuevo y el hombre debe estar preparado para comprenderlo y aprovecharlo,

renovando sus actuales sistemas de vida. Nuestras escuelas y colegios —nuestra vida social inclusive— no prepara adecuadamente para ello; la enseñanza es discursiva, repetidora, no estimula el ingenio ni la investigación. La enseñanza técnica, pues, bien dosificada, puede alcanzar a todos los ciclos de la enseñanza, inclusive la primaria, pues el niño mismo tiene acceso al mundo que lo rodea adquiriendo conocimientos que en buena medida tienen base técnica. No cabe la objeción de que por ese camino se va a la destrucción de la personalidad; lo que se hace es estimular la evolución del hombre y su preparación para la vida, puesto que no se puede concebir la técnica como hecho independiente y absoluto de su creador y destinatario. Un canon de cultura general —dando sustentación a la enseñanza técnica— sería, en nuestro sentir, una valla a la mecanización del hombre, realizando la formación integral de los futuros técnicos.

Acaba de formularse en nuestro país un proyecto de reforma de la enseñanza media. Ella comprenderá todas las ramas de ese ciclo, pero, a fin de invertir con provecho las cuantiosas sumas exigidas, se dará prioridad a la enseñanza técnica, por cuanto se la considera clave para el porvenir económico-social de la Argentina. Al respecto, el profesor Reissig —que colaboró con el Ministerio de Educación en los planes previos— expresó: "En momentos en que el país procura alcanzar un gran desarrollo industrial, base de su prosperidad económica, se ha dicho que la enseñanza técnica es la más apropiada para acompañar e impulsar su desarrollo. Se ha vuelto al planteo de Sarmiento, que nunca separó la escuela del proceso de construcción na-

cional, sino que forzó por hacer de ella el instrumento preciso de esa construcción, en el cual la economía tiene parte tan preponderante”.

Estas palabras, acuciadas por una experiencia viva, valen lo que estas otras, que el autor inscribe en el prefacio de su libro: “La educación debe liberarse de sus vacilaciones y prejuicios en su actitud respecto del valor formativo de la ciencia y de la técnica. Si tal liberación se produce, la educación habrá salido, en cierto modo, de su prehistoria, y habrá iniciado la etapa evolutiva

y creadora, acompañando así al hombre en una nueva y superior etapa, evolutiva y creadora también”.

En suma: el libro —escrito en la prosa clara que es mérito habitual del autor— se nos aparece como un testimonio de los problemas educativos de nuestro tiempo. Su lectura, pues, será provechosa, como campo de meditación, para quienes sientan la inquietud de este tema apasionante.

Noel H. Sbarra.

EMILIO FARRÉ: *Cincuenta años de filosofía en Argentina*. Editorial Peuser, Buenos Aires, 1958. Vol. encuadernado, 362 páginas.

Ardua y delicada tarea la de historiar la filosofía argentina de la primera mitad de nuestro siglo. La ha afrontado con decisión y sinceridad Emilio Farré, lo que constituye un elevado mérito. No se le “oculta el riesgo de escribir un libro” que, si bien inspirado en el deseo de “penetrar intenciones teóricas, comprender doctrinas e indicar influencias y proyecciones”, lo que equivale a “meterse en la intimidad espiritual de nuestros pensadores”, ha de suscitar, ciertamente, opiniones divergentes y seguros desacuerdos.

Los filósofos estudiados, “casi todos son contemporáneos; la mayoría todavía enseña o escribe”, y al autor le “son muy cercanos, por de pronto en el tiempo y en el espacio, y también en este ajetreo cotidiano de la vida”. Los otros, los desaparecidos, también nos “son muy cercanos”, presentes en el espíritu de los meditadores argentinos con la palpable presencia del recuerdo, y continúan suscitando admiración y despertando vocaciones: Ingenieros y

Korn, por ejemplo. Esta falta de perspectiva histórica, de lejanía temporal, torna más ardua la de por sí ardua tarea, pues, forzosamente, daña la objetividad. Ciertamente es que, “en el quehacer de la filosofía, el hombre se aboca con toda su sinceridad, con el propósito de ver límpidamente” Y ello no se le ha de negar al autor; otro mérito que de anotársele. Pero como “aquí ya no solamente obra una simple divergencia ideológica... sino también esta vida nuestra concreta existencial, cargada de pasiones, preferencias emotivas, inclinaciones o desvíos que ascienden de nuestro fondo irracional y se asientan, a veces sin darnos cuenta de ello, en el centro de la racionalidad”, preferencias y desvíos, más allá y por debajo del evidente claro afán analítico, deslizan su matiz emocional. Al fin de cuentas, quehacer humano es el filosófico. Debe exigírsele, sí, sinceridad y valor. Cualidades presentes en el libro de Farré.

REVISTA DE LIBROS

Esta obra llena un vacío; faltaba una historia de la Filosofía argentina más reciente. Provechoso inventario crítico de sistemas y de autores, culmina con una caracterización de sus tendencias. Acierta Farré al destacar las principales: preferente meditación acerca de la libertad, del problema del hombre, preocupación por los 4 problemas éticos y tendencia a afirmar las posibilidades de una filosofía argentina, nacional. Cree que, con referencia a la libertad, por regla general, más se tiende a afirmarla, casi como una aspiración o una posibilidad, que a fundamentarla en profundidad.

Al estudiar la obra de ciertos autores, como la de Rivarola, por ejemplo, exhibe Farré un mesurado y comprensivo análisis, de ponderable imparcialidad valorativa. En otros casos, Alberini, por ejemplo, asoma una simpática afinidad, que convierte su trabajo en una exposición de las ideas y tendencias del filósofo, con total olvido del rigor crítico férreamente mantenido al enjuiciar a ciertos pensadores, los positivistas, por ejemplo, característica que se patentiza cabalmente en el estudio dedicado a Ingenieros. Resulta evidente que el positivismo aguza la veta crítica de Farré.

Acaso ello le impida una comprensión más honda de la obra de Korn y su real significación en la filosofía argentina. Procedente del positivismo, dice, conservaba con él "innegables afinidades"; Korn, a pesar de su esfuerzo crítico por superarlo, permanecía atado a él; residuo mental que jamás logró desarraigar plenamente. Ello se repite con frecuencia a lo largo de

todo el libro, pero sin alcanzar fundamento sólido alguno convincente. Al referirse a la concepción de Korn acerca de la libertad, dice: "Los ditirambos con que la ensalza suenan un poco a fraseología periodística" (p. 120); "hay un entusiasmo que vicia al hombre de partido" (p. 121), o, al citar su trabajo sobre San Agustín, agrega: "caso de que leyera del último directamente sus obras y no exposiciones de su Sistema" (p. 152): aseveraciones que bastan para mostrar —en la imposibilidad de realizar un examen prolijo del análisis de Farré— un escaso conocimiento del rigor mental de Korn. El sincero esfuerzo de Farré para valorarlo con justeza se malogra, y evidencia el acierto de la aguda observación de Simmel al afirmar que la del filósofo es una mentalidad *típica*, "tan distante de la subjetividad individual como del pensar lógico-objetivo, válido para todos" y que refleja el "tipo humano que se es", a la par que impide, en ocasiones, penetrar hasta la raíz misma del pensamiento de otros filósofos. Desde su personal posición, Farré enjuicia a Korn con toda valentía.

Mucho más certero y ajustado es el análisis del pensamiento de otros filósofos, realizado con precisión y claridad. Acaso hubiera sido deseable la no transcripción de ciertas notas a pie de página, que amenguan y empañan la casi siempre presente objetividad en el juicio. En la exposición de las ideas de filósofos noveles, el autor no olvida la nota de generoso estímulo.

Segundo A. Tri.

PAUL WESTHEIM: *Ideas fundamentales del arte prehispánico en México*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1957. Volumen encuadernado e ilustrado, 285 páginas.

El estudio del arte americano prehistórico se ha enfocado hasta hoy, casi exclusivamente desde el punto de vista científico. La Antropología Cultural, la Etnología, la Arqueología, han servilizado al arte, hasta adquirir éste, sólo valor de referencia en sistemas de clasificación para fijar cronologías o determinados desarrollos culturales.

Liberado seguramente de su servidumbre, por la aplicación, cada vez más amplia, del radiocarbono, determinante de las cronologías, ha de comenzar para el estudio del arte americano su etapa de renovación, de igual modo que el invento del daguerrotipo liberó a la pintura de caballete del parecido y abrió nuevos caminos a la creación artística. En esta etapa, que recién comienza, el nombre de Paul Westheim, acompañado por el de muy contados "pioneers", investigadores serios del arte americano en cuanto fenómeno artístico, ocupa señero lugar de privilegio.

En IDEAS FUNDAMENTALES DEL ARTE PREHISPÁNICO EN MÉXICO, continúa Westheim la labor de investigación estética que comenzara en *La escultura del México antiguo y Arte antiguo de México*. Partiendo del "concepto que el hombre de pensamiento mágico se formaba de la naturaleza" (Prefacio), analiza, en primer lugar (ps. 11-59) la concepción de la realidad en el hombre precartesiano. Este análisis se realiza desde el punto de vista del "realismo mítico", que abarca la "totalidad de la vida, tanto religiosa como pro-

ana" (p. 22) del hombre prehispánico. Engranaje de un ritmo cósmico que mantiene con su sacrificio, el mito le proporciona el único significado posible de su quehacer terrestre y sus vivencias metafísicas. Explica así la necesidad de un arte simbólico, de signos y símbolos basados en el mito y transpuestos en una imagen-concepto plástico.

Trata a continuación (ps. 59-89), la concepción prehispánica de la vida, donde estudia el fenómeno de la muerte como un "perecer para nacer" (p. 59) y la muerte y resurrección de la planta o Botánica mítica. El mito mejicano —dice— no responde a un ideal ético-religioso. Es un universo esencialmente dinámico, lucha de fuerzas contrarias, destructoras y ceradoras, la supervivencia, incesante retorno, sólo revive y transforma la energía vital, independiente de espacio, tiempo y materia. Así el hombre de Méjico antiguo, no temía a Mictlán, ni angustioso, ni horripilante y la calavera era sólo alusión a la inmortalidad de la vida, promesa de resurrección (p. 70).

El arte, esencialmente religioso, recrea la realidad que emana del pensamiento mágico. Los signos figurativos "tienen por finalidad convertir las concepciones metafísicas en fenómenos ópticamente aprehensibles, sin quitarles nada de su carácter sagrado y misterioso" (p. 93).

Para ello, ¿cómo se expresa el artista? (*La concepción artística*, ps. 89-156).

—En pintura: Desmaterializa. Destaca los perfiles con líneas nítidas, sin

REVISTA DE LIBROS

escorzos ni gradación. No existe el ímpetu de la pincelada. Los colores, planos, opacos, irreales, son invento de una fantasía mítica colorística. Como composición: simetría y ritmo, generalmente horizontal. En suma: lenguaje formal ideativo.

—En escultura: La configuración formal escultórica surge esencialmente en IDEAS FUNDAMENTALES DEL ARTE PREHISPÁNICO EN MÉJICO, del análisis de los “danzantes” de Monte Albán, que se desarrolla en el plano sin aspirar a la profundidad. Insinúa corporeidad por medio de la línea y el contraste entre los segmentos de superficie. No hay dibujo interior. Como procedimiento usa de la sugestión y la síntesis. Como recurso expresivo: el movimiento rítmico, la rítmica repetición de una misma forma, un mismo motivo p. 162).

Considera el autor, que el artista de las culturas “clásicas” de Méjico no procura plasmar la belleza física, por que no le sirve para expresar sus concepciones religioso-espirituales. De ahí que en el Méjico antiguo, “la forma simbólica, la creación cúbica geométrica, pueda considerarse como un progreso frente a la naturalidad a que aspira el arte de la cultura arcaica de Tlatilco” (p. 167).

En la última parte de su obra, estudia Paul Westheim, reunidos en dos capítulos que denomina respectivamente, *Hablan las tumbas* y *La zona del Golfo*, los estilos mítico-artísticos de dos culturas arcaicas, una en el Valle de Méjico (Tlatilco) y otra de la zona del Golfo (la cultura huasteca). Carac-

teriza artísticamente la cultura olmeca, considerada “cultura madre” de, entre otras, la cultura maya, la teotihuacana, la del Tajín. Transición entre lo arcaico y el clasicismo, manifiesta acusada voluntad de plasmar ideas metafísicas. Las monumentales cabezas de La Venta muestran una cerrada estructura geométrica y como caso único en el conjunto del arte antiguo mejicano, aparecen aquí, rostros y máscaras sonrientes. Y por último, queda determinada estilísticamente, la misteriosa cultura totonaca, cuyos elementos constructivos básicos, se organizan en movimiento plástico de volúmenes y óptico de claroscuros, en la pirámide del dios Tajín (p. 243).

Abarca así el autor tres concepciones artístico-culturales: una arcaica, con una concepción de arte individualista (Tlatilco), otra de transición entre arcaísmo y clasicismo (los Olmecas, cultura de La Venta y Tres Zapotes), para analizar, esencialmente, la concepción de la realidad, de la vida y el arte de las culturas clásicas de Méjico antiguo, cuyo arte, “realismo mítico”, es forma simbólica inteligible para todos y pertenece al acervo cultural de la colectividad toda.

Definidas así en su raíz mítico cósmica, las manifestaciones de ese arte ideativo, geométrico, simbólico, configuran, a través de la fundada y fundamental obra de Paul Westheim, la idiosincrasia artística de un pueblo de cultura agraria, de lograda y madura originalidad.

Nejama Lápidus.